

do la dependencia de Italia. De aquí una oposición casi unánime contra los proyectos ambiciosos del primer cónsul. ¿Qué hacer? No pudiendo atraer los diputados, se resolvió sorprenderlos. En primer lugar, se les convocó de improviso para votar la presidencia; la tercera parte apenas asistió. Aún en una asamblea tan mutilada, la resistencia fué viva, tenaz. Fué menester una nueva argucia. Por escrutinio secreto, el primer cónsul no hubiera pasado. Cosa inaudita en una elección, Talleyrand hizo votar por medio de sentados y de pie (1). Así es como Bonaparte llegó á ser presidente de la república cisalpina.

Nada más cierto que las palabras dirigidas á los diputados italianos por el primer cónsul. Era preciso educar en la libertad á un pueblo rebajado por una larga esclavitud; era preciso romper los hábitos locales para crear la unidad italiana. Pero cuando se quiere desenvolver la fuerza individual ó nacional, no hay que comenzar por comprimirla. Cuando se quiere que una nación tome á empeño su independencia, hay que respetarla. ¿Qué debían decirse los diputados italianos reunidos en Lyon? Se les imponía una nueva constitución y se les arrancaba la elección de un presidente que ellos no querían de ninguna manera. Por lo tanto, no habían hecho más que cambiar de dueño. De Austriacos se habían cambiado en Franceses. Hé aquí cómo el primer cónsul entendía la libertad de un país que era su primera patria.

III.

Apénas fué firmada la paz de Luneville, cuando Napoleón pensó reunir el Piamonte á la Francia. Empezó por organizar una administración especial civil y militar para los antiguos Estados del rey de Cerdeña. Él mismo dice, en una carta á Talleyrand, que era un primer paso hácia la reunión. "Pero hay que decir á las potencias extranjeras, añade, que esta medida ha sido tomada para remediar los abusos que se cometen por los agentes franceses y piamonteses," (2). Por lo tanto, la organización provisional del Piamonte debía servir para engañar á la Europa. Tenía aún otro objeto más maquiavélico. La Revolución había renunciado á las conqui-

(1) BONACOSI, *Bourrienne et ses erreurs*, t. I, p. 299, 310.

(2) Carta del 23 germinal, año IX (*Correspondance de Napoléon*, t. VII, p. 153).

tas, no admitía más que reuniones libres. Bonaparte, que hablaba siempre de paz, ¿podía inaugurar su reinado por una invasión que no justificaba ni aún la ambición de los límites naturales, puesto que el Piamonte era una dependencia natural de Italia y no de Francia? Era necesario al menos tener el voto de la población. Los agentes civiles y militares de Bonaparte administraron de modo que la anexión fuese deseada por la población maltratada como el menor de los males. Cuando el terreno estuvo preparado, una ley pronunció la anexión.

Para ver cómo Bonaparte se burlaba ya de las naciones y de Europa cuando era aún solamente primer cónsul, hay que comparar su lenguaje oficial con su correspondencia secreta. Leemos en un mensaje dirigido al Senado y al Cuerpo legislativo: "*La abdicación del soberano, el voto del pueblo, la necesidad de las cosas*", pusieron al Piamonte en poder de la Francia. En medio de las naciones que le rodeaban, con los elementos que componían su población, el Piamonte no podía soportar ni el peso de su propia independencia, ni los gastos de una monarquía. Reunido á la Francia, gozará de su seguridad y de su grandeza; sus ciudadanos laboriosos, instruidos, desarrollarán su industria y su talento en el seno de las artes y de la paz," (1).

Este es el modelo de estos mensajes pomposos que Napoleón enviaba á los grandes cuerpos de Estado: todo es contraverdad ó declamación. *¡La abdicación del rey de Piamonte! Le fué arrancada por un odioso abuso de la fuerza. ¡El voto del pueblo piamontés! Sabemos lo que valía este voto.* Si había Piamonteses que deseaban la anexión á la Francia, es porque los agentes de Bonaparte les habían puesto en este extremo; los desgraciados preferían la esclavitud, con el reposo y la seguridad, á un estado de cosas en que no tenían ni patria ni garantías para sus personas ni para sus bienes. *¡La necesidad de las cosas!* Grandes palabras que cubren lo vacío de la idea con lo inflado de la expresión. ¿Dónde estaba la *necesidad* de reunir el Piamonte á la república? Si los Piamonteses no podían soportar el peso de su independencia, ¿por qué no devolverle su rey? Ó si no se quería establecer la monarquía, ¿por qué no anexionarles á la re-

(1) Mensaje del 1.º ventoso, año XI (*Correspondance de Napoléon*, t. VIII, p. 269).

pública italiana? Pero á santo de qué refutar aserciones que no son más que charlatanías, lo mismo que los dulces placeres de la paz, de que los Piamonteses iban á gozar en el seno del trabajo y de las artes!

Hemos oído el lenguaje oficial del primer cónsul. En su correspondencia íntima alega tantas razones diferentes como diversos personajes tiene que engañar. Escribe á M. Saint-Marsan, servidor fiel de la familia caída, y le dice: "El Piamonte es necesario á la Francia." Y ¿por qué? Porque "la casa de Austria posee el Estado de Venecia." ¿No es esta la nefasta política que presidió á la repartición de Polonia? Cuando un príncipe gana un millón de almas, es preciso que el otro gane otro millón; si no, el equilibrio está roto. ¿Si se preguntase al primer cónsul quién dió la república de Venecia á la casa de Austria? Es un general republicano que se llamaba Napoleón Bonaparte y que disponía de los pueblos como si fuera una materia bruta. Aún había más motivos para no restablecer el poder real en el Piamonte: "Encontrándose colocado entre cuatro repúblicas más poderosas que él, el rey sería un motivo de disturbios para la Europa, que tiene, sin embargo, necesidad de reposo y tranquilidad," (1). ¡Así, era para asegurar el reposo y la tranquilidad de la Europa por lo que el primer cónsul engrandecía desmesuradamente la Francia!

El primer cónsul no empleaba siempre un lenguaje tan grave. Envió su ayudante de campo á San Petersburgo para explicar al czar cómo no había podido hacer de otro modo al anexionar el Piamonte á la Francia. Duroc dirá al czar "que el rey de Cerdeña tenía á sus súbditos tan descontentos que sería muy difícil mantenerle en el trono; que, además, este príncipe se conducía extremadamente mal, y era fácil de comprender que el gobierno francés no podía querer á los *aparecidos*," (2). Son estas razones á las que nada hay que responder: á la república francesa no le gustan los *aparecidos*. ¡Aviso á los aparecidos, y los hay en todos los campos! Que se nos permita una sola pregunta: ¿es este un rasgo de esa política ideal que los historiadores franceses ensalzan hasta las

(1) Carta del 11 fructidor, año X (*Correspondance de Napoléon*, t. VIII, p. 19).

(2) Carta del 4 floreal, año IX (*Correspondance de Napoléon*, tomo VII, p. 153).

nubes celebrando la *sabiduría* del joven héroe que gobernaba la república?

IV.

Lo que hace ilusión á sus admiradores es que los actos del primer cónsul, tan arbitrarios y violentos como sean, fueron á menudo un beneficio providencial para los pueblos. Así sucedió con la mediación que ejerció en Suiza. Pero los designios de la Providencia no son una justificación para los hombres. El derecho tiene también algo que decir cuando se trata de las relaciones de los pueblos, y el derecho únicamente debería ser escuchado, pues cuando el derecho es desconocido, la fuerza reina, y la fuerza debe ser siempre reprobada, con cualquier pretexto que encubra sus violencias.

El tratado de Luneville aseguraba la independencia de la Suiza; la reconocía formalmente el derecho de darse la constitución que más conveniente creyese. Pensando que los tratados eran cosa sagrada, los Suizos cambiaron la constitución que la república francesa les había impuesto y que no se concordaba con sus gustos, sus costumbres y sus preocupaciones. Desgraciadamente los cantones estaban divididos; el régimen francés tenía también sus partidarios. De aquí luchas intestinas, que el primer cónsul tuvo el cuidado de fomentar y de las cuales se prevalía enseguida para intervenir como mediador. Á oírle á él, su intervención era enteramente en interés del pueblo suizo. Se lee en el acta de mediación: "La Helvecia, presa de disensiones, estaba amenazada de su disolución: no podía hallar en sí misma los medios de reconstituirse." Bonaparte quiere poner fin á esta anarquía: le guía, ante todo, "la antigua afección de la nación francesa por este pueblo recomendable." Aún recientemente, la Francia la ha defendido con sus armas y hecho reconocer como potencia por los tratados. Además, "el voto del pueblo helvético entero le ha hecho un deber de imponer su mediación entre los partidos que la dividen." Nada más sabio que las bases de la mediación. Había un partido que quería hacer de la Suiza una república una é indivisible, tomando por modelo la de Francia. El primer cónsul dice muy bien que la unidad absoluta repugna á la Suiza, que es federal por naturaleza (1).

(1) Acta de mediación del 30 pluvioso, año XI (*Correspondance de Napoléon*, t. VIII, p. 265).

En una proclama dirigida á los diez y ocho cantones de la república helvética dice el primer cónsul: "No hay ningun hombre sensato que no vea que la mediacion de que me he encargado es para la Helvecia un beneficio de esta Providencia que, en medio de tantos trastornos y choques, ha velado siempre por la existencia y por la independencia de vuestra nacion, y que esta mediacion es el único medio que os queda de salvar una y otra", (1). De este modo, Bonaparte se llama agente de la Providencia, llamado por una mision divina á ser el salvador de la Suiza. Insiste sobre la impotencia en que estaban los cantones de salvarse á sí mismos: "Habitantes de la Helvecia, ofrecéis desde hace dos años un aflictivo espectáculo. Facciones opuestas se han apoderado sucesivamente del poder, han señalado su pasajero imperio por un sistema de parcialidad que acusaba su debilidad y su poco ingenio... Sois diputados hace tres años, y no habeis podido entenderos. Si se os abandona más tiempo á vosotros mismos, tres años más sin entenderos, os mataréis. Vuestra historia prueba, ademas, que vuestras guerras intestinas no han podido nunca terminarse sin la intervencion de Francia."

Cuando la Providencia interviene en los destinos de los pueblos, é interviene incesantemente, es con un desinterés absoluto, es para guiar ó atraer á los hombres en la via del perfeccionamiento. ¿Fué tambien por pura abnegacion por lo que Bonaparte, que se llamaba órgano de Dios, arregló los negocios de la Suiza? El mismo responde á esta pregunta. Escribe al ciudadano Talleyrand, ministro de negocios extranjeros, que nunca aguantará una contrarrevolucion en Suiza. En vano se le opondrá la voluntad del pueblo; el pueblo no consiste en un puñado de hombres armados á fuerza de dinero. Ademas, sus cálculos no están únicamente subordinados á la voluntad del pueblo suizo, sino á los intereses de cuarenta millones de almas que él gobierna; reconocer la contrarrevolucion operada en Suiza sería por capricho y sin razon favorecer los enemigos de la república. Le es preciso una frontera que cubra el Franco-Condado; por lo tanto, le hace falta en Suiza un gobierno amigo de la Fran-

(1) Á los diez y ocho cantones de la república helvética, 8 vendimiario, año XI (*Correspondance de Napoléon*, t. VIII, página 70).

cia: "Este es el primer voto que hago, continúa el primer cónsul. Lo que pasa desde hace dos años es un verdadero juego de criaturas. Es tiempo que esto acabe. No veo alternativa entre un gobierno suizo sólidamente organizado y amigo de la Francia ó nada de Suiza", (1).

La política no dejará de confesar las palabras del primer cónsul. Como jefe de la república francesa, no podía apénas emplear otro lenguaje. Pero hay que confesar que la Providencia no tiene nada que hacer en una cuestion así planteada. Es simplemente un cálculo, como dice Bonaparte. Si dejamos de un lado la Providencia, debemos preguntar con qué derecho el primer cónsul se erigía mediador entre los partidos que dividian la Suiza. Un mediador es un árbitro, y el arbitraje implica el consentimiento de aquellos cuyas diferencias se deciden. Hubiera sido, por lo tanto, necesario que los dos partidos pidiesen la mediacion del primer cónsul. Acabamos de ver cómo Bonaparte invocaba el voto unánime de los habitantes de Helvecia. La verdad es que la Dieta reunida en asamblea en Schwytz refutó la mediacion por unanimidad, apoyándose en el tratado de Luneville; declaró que, no pudiendo resistir á la fuerza del primer cónsul, cedería, pero que tendría por ella la justicia de su causa, y que apelaba á la opinion pública y al juicio de la posteridad (2). Es por la fuerza como cedió la Suiza; Bonaparte no dejó de hacer comprender á los cantones que si no aceptaban su mediacion, podría recurrir á la violencia. Escribe á Talleyrand: "Si dentro de pocos dias las disposiciones de mi proclama no se han cumplido, treinta mil hombres entrarán en Suiza; y si me ponen en el caso de tomar esta medida, acabó la Suiza", (3).

¿Preguntaremos si es esto el lenguaje de un mediador? ¿Un árbitro amenaza con el exterminio á los que él debe juzgar en el proceso? Si el primer cónsul hizo la felicidad de los Suizos, fué á pesar de ellos. En realidad, la felicidad de los Suizos era la menor de sus inquietudes; no hay verdadero bienestar para un pueblo sin la libertad; sin embargo, en todos los debates que precedieron al acta de mediacion, el primer cónsul dice y repite que los

(1) Carta del 1.º vendimiario, año XI (*Correspondance de Napoléon*, t. VIII, p. 58-60).

(2) *Bibliothèque universelle de Genève*, nouvelle série, tomo XXI, p. 435 (MORIN, *La Suisse et M. Thiers*).

(3) Carta del 1.º vendimiario, año XI (*Correspondance de Napoléon*, t. VIII, p. 59).

Suizos no debian pensar en sustraerse á la influencia francesa. Desde la apertura de las conferencias con los diputados de la república helvética, declaró "que la Suiza no podía ser independiente en lo que concernia á los negocios de Francia y que no debía estar bajo más influencia que la de esta potencia", (1). "La política de la Suiza, añade el primer cónsul, ha sido siempre considerada como una parte de la política de la Francia, de la Saboya y del Milanésado, porque el modo de existir de la Suiza está enteramente ligado al de estos Estados. El primer deber, el más esencial del gobierno francés, será siempre velar porque un sistema hostil no prevalega entre vosotros y que hombres vendidos al enemigo no lleguen á ponerse al frente de vuestros negocios. Es conveniente, no solamente que no exista motivo alguno de inquietud por el trozo de frontera que está abierto y que vosotros cubrís, sino que todo nos asegure que si vuestra neutralidad es forzada, el buen espíritu de vuestro gobierno, lo mismo que el interés de vuestra nacion, os impulsarán á estar del lado de los intereses de la Francia y no contra ellos", (2).

La neutralidad de los diez y ocho cantones no bastó á Napoleon; es preciso que los Suizos sean amigos de la Francia, que quieran que no quieran. Para esto la constitucion de Suiza debe ser tal, que los partidarios de la Francia tengan el poder. Esto es lo que el primer cónsul dice claramente en la proclama, de la cual acabamos de transcribir un pasaje: "Jamás la Francia ni la república italiana podrán sufrir que se establezca entre vosotros un sistema de naturaleza á favorecer sus enemigos." En una alocucion á los cinco diputados de la Suiza, dice el primer cónsul que quiere, en verdad, "que la Suiza sea en ella todopoderosa, en cuanto á lo que la concierne;" y se apresura á añadir "que por lo que concierne á la Francia, no debe serlo." ¡Cómo conciliar lo que es inconciliable, la dependencia con la independencia! Bonaparte va á demostrarnos que la libertad de la Suiza quería decir sumision á la Francia: "Sed independientes para vuestros negocios; no podeis serlo para los nuestros. En vuestros negocios no teneis más que

pensar en vosotros mismos; en los nuestros, hay que estar por nosotros. La historia prueba que la Suiza ha sido siempre gobernada por las influencias de la Francia..." (1).

La leccion que el primer cónsul daba á los diputados suizos no se dirigia á la república helvética solamente. Al final de su alocucion dice Bonaparte: "Es menester que, por lo que concierne á la Francia, la Suiza sea francesa, como todos los países fronterizos á la Francia." Esta máxima de la política consular nos conduce lejos. Destruye la independencia de la mitad de la Europa y termina con la monarquía universal del imperio. Es preciso que la Holanda, despues las ciudades libres del Norte, es preciso que la confederacion del Rin, despues la Prusia, despues la Polonia, en seguida la Península española, sean francesas. En definitiva, es preciso que la Europa entera gravite alrededor de la Francia, como los planetas alrededor del sol. El sol dice á los planetas por boca del primer cónsul: "Que nada que nos concierne sea hostil entre vosotros; que todo se armonice con nuestros intereses; que vuestra primer política, que vuestro primer deber, sea de no permitir nada, ni dejar hacer en vuestro territorio nada que directa ó indirectamente perjudique á los intereses, al honor, y, en general, á la causa del pueblo francés", (2).

¿Qué libertad quedaria á los pueblos vecinos á la Francia? El emperador sacó las consecuencias de los principios tan bien planteados por el primer cónsul. ¿Puede la Suiza cambiar su constitucion interior? No, responde el César francés en 1805: "Consideraré el acta de mediacion en tanto que la Suiza la conserve; si llega á violarla, no reconoceré más la independencia de la Suiza." ¿Y la república bátava? El emperador dice que no quiere garantizar su independencia: "Si la guerra con la Inglaterra continúa largo tiempo, y este pueblo sin colonias ni continente cesa de querer vivir separado, no quiero que nada me ligue bajo este punto de vista", (3). ¿Á qué equivale decir esto? La independencia, la existencia misma de

(1) Alocucion á los cinco diputados suizos, del 20 frimario, año XI (*Correspondance de Napoléon*, t. VIII, p. 163).

(2) Á los diputados de los diez y ocho cantones de la república helvética, del 19 frimario, año XI (*Correspondance de Napoléon*, t. VIII, p. 160).

(3) Carta de Talleyrand del 4 fructidor, año XIII (*Correspondance de Napoléon*, t. XI, p. 124).

los Estados que avicinan la Francia, van á estar en las manos de un hombre, cuya ambicion pronto no conocerá sus limites. Aún cuando el emperador no les anexionaba á su gran imperio, no les quedaba ni una sombra de independencia. Citarémos un hecho entre mil. Un diario suizo publica artículos que disgustan á Napoleón. Orden de arrestar al periodista, lo mismo que al director de correos por haber dejado circular malos papeles: "Al menor retraso que sufran estas satisfacciones, haré enviar tropas á Lugano para arrestar los culpables, y reuniré los dos bailiajes á mi reino de Italia," (1). De este modo, la amenaza de la anexión estaba siempre suspendida sobre los vecinos de la Francia como una espada de Damócles. Esclavos obedientes, se les dejaba una apariencia de libertad; al primer movimiento que hacían, á la menor resistencia que oponían á un despotismo que no soportaba contradicción alguna, se les anexionaba á la gran nación, grande aún por la gloria militar, pero no más por las ideas.

N.º 3.—El primer cónsul y los reyes.

I.

No hay que ser injusto con Napoleon. Sus enemigos le acusan de haber trastornado la Europa, de haber destruido todo derecho. Para decir verdad, el único crimen que la historia puede reprocharle es el haber desertado de los principios de la Revolución para abrazar la política real. ¿Para qué hablan de derecho los *corepartidores* de la Polonia? La Revolución francesa no abrió los ojos á los reyes. Les hemos sorprendido negociando la repartición del Piamonte, de los Estados del papa. ¿Qué no hubieran usurpado si hubieran tenido el poder! No hay entre ellos y Napoleon más que una diferencia: los unos son seres nulos, el otro ha nacido emperador; los unos son impotentes, el otro tiene la fuerza en la mano, usa de ella.

En cuanto el primer cónsul aparece en escena, estamos en plena reacción. La Asamblea constituyente renunció á las conquistas; esto era reconocer á las naciones el derecho á una existencia libre é independiente. Bonaparte no respeta nada, por

(1) Nota de Diciembre de 1806 para el ministro de relaciones extranjeras (Correspondance de Napoleon, t. XIV, p. 9).

mejor decir, no conoce más que el interes de la Francia, el interes de su ambicion. La fuerza es la que únicamente reina, pues el primer cónsul no retrocede ante nada. Apenas lleva un año en el poder, escribe al rey de España una carta que merece ser citada como testimonio de la *sabiduría* y de la *moderación* del jóven héroe. Le propone la conquista de Portugal. ¿Había diferencias entre los pueblos de la Península? ¿Se disputaban sus reyes? Nada de eso. ¿Cuál es entónces la razon de esta extraña proposición? *La utilidad*, dice el primer cónsul: "Malta y Mahon han caído en poder de nuestros enemigos. La Luisiana se encuentra amenazada. Estos son motivos perentorios para apoderarse de una posesión inglesa. ¿Pero el Portugal era una colonia de la Inglaterra? Poco le importa á Bonaparte. El comercio inglés aprovecha las relaciones de la Gran Bretaña con el Portugal: "El mayor mal que podemos hacerle es apoderarnos de este país.," Por esta cuenta, el primer cónsul hubiera también podido proponer al rey de España la conquista de los Estados-Unidos ó la de la China. Bonaparte añade: "Esta conquista indemnizaría además á la España de las pérdidas y gastos de la guerra, é ilustraría para siempre el reinado de vuestra majestad," (1).

Esta es la fuerza en todo su bello ideal. La España se indemnizará á costa de un tercero, extraño á la lucha, de las pérdidas sufridas durante la guerra. Por estas proezas dignas de un salteador de caminos, su majestad se ilustrará. El rey de España no se atrevió. Desde entónces Bonaparte le trató con desden. Poco tiempo despues de haberle propuesto la conquista del Portugal dijo al ministro de relaciones exteriores: "Que el embajador de la república se presente en la corte y despliegue el carácter necesario en esta circunstancia. Hará conocer que si el Principe de la Paz, comprado por la Inglaterra, ha inducido al rey ó á la reina á tomar medidas contrarias al honor y á los intereses de la república, la última hora de la monarquía española habrá sonado," (2). Pasan algunos años, la amenaza se ejecuta; el *Monitor* anuncia que la casa de Borbon ha cesado de reinar en España. ¿Tenían los reyes el derecho de quejarse? No co-

(1) Carta del 17 brumario, año IX (Correspondance de Napoleon, t. VI, p. 630).

(2) Carta á Talleyrand del 1.º mesidor, año IX (Correspondance de Napoleon, t. VII, p. 241).

nocían más que una máxima, la fuerza, sufren el derecho del más fuerte, lo mismo que ayudando la fortuna, ellos usan de la fuerza en su provecho. ¡Al más fuerte el imperio! El más fuerte se llamaba Bonaparte.

II.

Decimos que los reyes no tenían el derecho de hacer reproches al primer cónsul. Un escritor, adversario pronunciado de Napoleon y apologista del antiguo poder real, lo dice así. El primer cónsul acababa de hacer la conquista del Piamonte en plena paz. Esta anexión no fué del gusto de Inglaterra: "Podía aparecer legítima á los ojos de Bonaparte, dice el *hombre de Estado* en sus *Memoorias*, en razon á las invasiones proyectadas recientemente por algunas de las potencias europeas, invasiones de las cuales trataron de hacerle cómplice, instrumento y árbitro. En efecto, el Austria, Nápoles, Toscana habían querido repartirse, bajo su égida, los Estados pontificios. La corte de Viena recibió de él la república de Venecia, que ciertamente no le pertenecía, y aún le había pedido el Piamonte sin que él tuviese el derecho de dárselo. España obtuvo la Toscana, que no le pertenecía tampoco, en cambio del ducado de Parma, legalmente independiente de las dos partes contratantes. *Todo era, por lo tanto, codicia, usurpación, ilegitimidad de parte de los soberanos hereditarios y legítimos.* ¿Cómo Bonaparte, vencedor, no concibió las mismas ideas," (1).

Aunque trazado por un amigo, el retrato de la antigua monarquía no está muy favorecido. Se encuentra en él, sin embargo, una omisión. *El hombre de Estado* es el defensor de la Prusia. ¿Era esta ménos avariciosa, ménos invasora que las demas monarquías? La hemos visto manos á la obra: fan-

(1) *Mémoires tirés des papiers d'un homme d'Etat*, t. II, página 435.

farrona de legitimidad, desertando despues de la coalición, no por convertirse á los principios, sino por participar de los despojos de la Polonia, despreciando sus compromisos; en fin, traficando con la patria alemana, cediendo la orilla izquierda del Rhin á la república con el fin de redondearse en la orilla derecha. Un ilustre orador afronta esta vergonzosa política en la tribuna de un pueblo libre: "El rey de Prusia es el único entre todos los príncipes que se degradó hasta llegar á este envilecimiento y á ser el instrumento de la injusticia y de la rapacidad, primero de la república, despues de un hombre. Despreciable por su servilismo y odioso por su codicia," (1).

La república tenía también su codicia, y Napoleon es la ambición personificada. Pero al ménos, el gran conquistador tenía una misión revolucionaria que cumplir: debía aplastar á los reyes que habían tomado las armas para ahogar la libertad en su cuna. Estos reyes, más avariciosos aún que contrarrevolucionarios, despues de haber clamado contra la libertad, la inscribieron en su bandera desmintiendo su pasado y su porvenir. Miserables juguetes del interes de los príncipes, cavaron ellos mismos la tumba de la vieja monarquía. ¿Qué distancia entre estos enanos y el gigante que aspira á gobernar al mundo! No está llamado á gobernarle, sino á destruirle. Y ¿quién ha llenado mejor su misión? Si la misión providencial no justificó á los héroes, les da al ménos una incomparable grandeza. No deseamos unirnos á los adoradores de Napoleon; hemos condenado la ambición del general y del primer cónsul; condenarémos la ambición del emperador. Pero sus mismos defectos y locuras le elevan infinitamente por cima de los reyes de vieja estirpe, á los cuales no tuvo razon en unirse: no olvidó nunca, en medio de sus extravíos, que tenía que cumplir una obra de civilización.

(1) Fox, Discursos, en el *Edinburgh review*, Octubre de 1854 página 381.